

## EL CICLO DE LAS SINFONÍAS DE BEETHOVEN EN EL COLÓN

Con uno de esos llenos impresionantes que demuestran el amor que el mundo tiene hacia esa cumbre del sentir germano que es Luis van Beethoven se inició el ciclo de las nueve sinfonías en el teatro Colón.

La idea, dada la potencia ética del arte, no puede ser menos que aplaudida ya que el alma universal necesita, hoy más que nunca, de ese elemento reconstituyente y enaltecedor que es el arte épico y generoso de Beethoven. Y hubiera sido aún más loable si ello se hubiera llevado a cabo con todas las disciplinas estéticas y todas las perfecciones técnicas que el arte del más grande sinfonista de todos los tiempos exige y merece.

La realidad nos quitó un poco de ilusión y mucho de esperanza, ya que fallas de un orden no fácilmente allanables, rebajaron en parte la fe de la expectativa.

En primer lugar el estado actual de la orquesta del Colón (que en esta clase de espectáculos debe ser el instrumento virtuosístico) no pudo cumplir totalmente con su misión, dado su estado de evidente fatiga tanto física como artística. Una orquesta que trabaja en géneros tan diversos y que se halla tan sobrecargada de trabajo, no puede, así, sin un previo descanso, sin una previa purificación, entrar de lleno a ejecutar, con aquella calidad que el arte sinfónico exige, las sinfonías de Beethoven.

Una orquesta contaminada de aquellos excesos y aquellos arrebatos que el arte teatral trae consigo, no debe y no puede, sino a costa de violentar y violentarse, ofrecer con conciencia artística y con serenidad de mecánica un arte tan lleno de secretos y de dificultades como es el arte sinfónico de Beethoven.

Así, hubo de desearse muchas veces, durante la audición de anteayer, más limpieza en los "staccati", más espontaneidad en los ligados, más serenidad en la dicción, más pureza en los instrumentos de viento, y sobre todo en el metal y más coherencia en el concepto formal y expresivo. Por momentos la orquesta de Beethoven sonó a orquesta de teatro romántico, lo que desvirtuaba totalmente la calidad esencial de un arte de excepción. Pero, es digno consignarlo, ello no se debe a la capacidad, más o menos individual, de los instrumentistas, mas sí al desgaste virtual del conjunto y a la falta de preparación para este festival. Todos los organismos expresivos humanos necesitan siempre de una preparación especial para cada estilo y cada tipo de arte y la orquesta del Colón ha estado huérfana de ello.

Fritz Busch sumó a la imperfección de la orquesta la imperfección de su concepto beethoveniano. Sus licencias en cuanto a exactitud de estilo, en cuanto a penetración esencial y en cuanto a equilibrio sonoro se refiere malgastan las líneas madres del arte sinfónico de Beethoven. Su falta de precisión en ponderar los volúmenes sonoros, su falta de conexión entre los elementos ideativos y formales, su falta de arte adivinatorio, sobre lo que el logos beethoveniano encierra, rebajan la grandeza moral y cosmogónica de este arte, que exige, como todo arte aparte del conductor, el artista, el maestro y el elegido, en suma.

Sus versiones adolecieron de excesivos arrebatos fáciles sin llegar al ímpetu trágico; de baladíes realismos, sin llegar al secreto dinámico y de muy manifiestas exterioridades; es decir, Fritz Busch siente a Beethoven a través del teatro y del aplauso y lleva entonces el arte de Beethoven al teatro y al aplauso.

Como tal, ha tenido el éxito que buscaba a pesar de haber escatimado, en sus versiones aquella austeridad de noble reconcentramiento y de intimidad fraternal, que el arte épico y profético de Beethoven tiene en su más recóndita esencia.

**Juan Francisco Giacobbe<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en 1944 en un diario sin identificar. (N.d.R.)

## EL CICLO DE LAS SINFONIAS DE BEETHOVEN EN EL COLÓN

Con uno de esos llenos impresionantes que demuestran el amor que el mundo tiene hacia esa cumbre del sentir humano que es Luis von Beethoven se inició el ciclo de las nueve sinfonías en el Teatro Colón.

La idea, dada la potencia ética del arte, no puede ser menos que aplaudida, ya que el alma universal necesita, hoy más que nunca, de ese elemento reconstituyente y enaltecedor que es el arte épico y generoso de Beethoven. Y hubiera sido aún más loable si ello si hubiera llevado a cabo con todas las disciplinas estéticas y todas las perfecciones técnicas que el arte del más grande sinfonista de todos los tiempos exige y merece.

La realidad nos quitó un poco de ilusión y mucho de esperanza, ya que talas de un orden, no fácilmente allanable, rebajaron en parte la fe de la expectativa.

En primer lugar el estado actual de la orquesta del Colón (que en esta clase de espectáculos debe ser el instrumento virtuosístico) no pudo cumplir totalmente con su misión, dado su estado de evidente fatiga, tanto física como artística. Una orquesta que trabaje en géneros tan diversos y que se halla tan sobrecargada de trabajo, no puede, así, sin un previo descanso, sin una previa purificación, entrar de lleno a ejecutar, con aquella calidad que el arte sinfónico exige, las sinfonías de Beethoven.

Una orquesta contaminada de aquellos excesos y aquellos arrebatos que el arte teatral trae consigo, no debe y no puede, sino a costa de violentar y violentarse, ofrecer con conciencia artística y con serenidad mecánica un arte tan lleno de secretos y de dificultades como es el arte sinfónico de Beethoven.

Así, hubo de desearse muchas veces, durante la audición de anteayer, más limpieza en los "staccati", más espontaneidad en los ligados, más serenidad en la dicción, más pureza en los instrumentos de vientos, y sobre todo en el metal y más coherencia en el concepto formal y expresivo. Por momentos la orquesta de Beethoven sonó a orquesta de teatro romántico, lo que desvirtúa totalmente la calidad esencial de un arte de excepción. Pero, es digno consignarlo, ello no se debe a la capacidad, más o menos individual, de los instrumentistas, mas sí al desgaste virtual del conjunto y a la falta de preparación para este festival. Todos los organismos expresivos humanos necesitan siempre de una preparación especial para cada estilo y cada tipo de arte y la orquesta del Colón ha estado huérfana de ello.

Fritz Busch sumó a la imperfección de la orquesta la imperfección de su concepto Beethoveniano. Sus licencias en cuanto a exactitud de estilo, en cuanto a penetración esencial y en cuanto a equilibrio sonoro se refiere, malgastan las líneas madres del arte sinfónico de Beethoven. Su falta de precisión en ponderar los volúmenes sonoros, su falta de conexión entre los elementos ideativos y formales, su falta de ar-

te adivinatorio, sobre lo que el logos beethoveniano encierra, rebaja la grandeza moral y cosmogónica de este arte, que exige, como todo arte aparte del conductor, el artista el maestro y el elegido en suma.

Sus versiones adolecieron de excesivos arrebatos fáciles sin llegar al impetu trágico; de baladíes realismos, sin llegar al secreto dinámico y de muy manifiestas exterioridades; es decir Fritz Busch siente a Beethoven a través del teatro y del aplauso y lleva entonces el arte de Beethoven al teatro y al aplauso.

Como tal, ha tenido el éxito que buscaba a pesar de haber escatimado, en sus versiones aquella austeridad de noble re-concentramiento y de intimidad fraternal, que el arte revolucionario, épico y profético de Beethoven tiene en su más recóndita esencia.

Juan Francisco Giacobbe